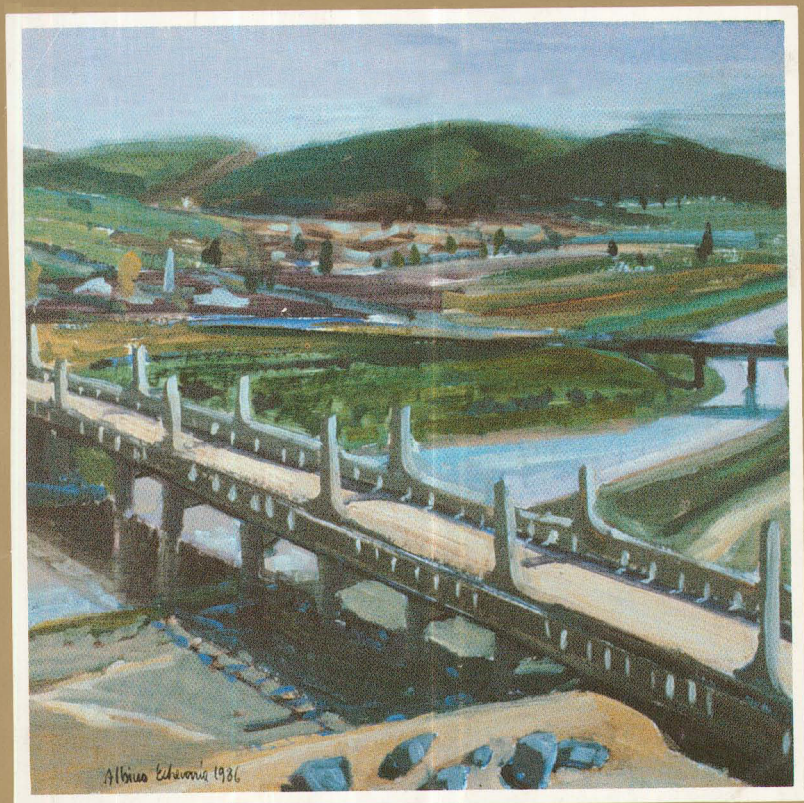


ATENEA

CIENCIA ARTE Y LITERATURA

461



UNIVERSIDAD DE
CONCEPCION
CHILE

Historia y significado de la transmisión del mando

BERNARDINO BRAVO LIRA*

De la Academia Chilena de la Historia
Universidad de Chile

Si hay algo insólito en Hispanoamérica es una transmisión del mando. Innumerables gobernantes se han sucedido desde la independencia hasta nuestros días. Sin embargo, sólo unos cuantos de ellos recibieron el poder de su antecesor en una ceremonia celebrada con este objeto, lo cual contrasta grandemente con lo que sucede en los Estados Unidos. Allí, a pesar de los asesinatos de presidentes, este acto se repite con toda regularidad y ha llegado a institucionalizarse.

Lo que ocurre en Hispanoamérica es fácilmente comprensible. Desde el fin de la monarquía, la sucesión en el gobierno se ha realizado más bien *de facto* que *de iure*. Es muy raro el presidente iberoamericano que ejerza el mando durante un tiempo prefijado. Unos se mantienen en el poder indefinidamente. Otros son derrocados antes de enterar su período legal. De una u otra forma no hay posibilidad ni humor para transmisiones del mando. Se llega al poder sin esta formalidad y se lo deja del mismo modo.

A pesar de su rareza, o tal vez debido ella misma, la transmisión del mando mantiene hasta hoy en Iberoamérica casi intacto su sortilegio. Apenas hay posibilidad de realizarla, se la escenifica con gran pompa, como si se quisiera emular la que tuvo en tiempos de la monarquía. De ello tenemos

*BERNARDINO BRAVO LIRA. Miembro de la Academia Chilena de la Historia de la Universidad de Chile, jurista, especialista en derecho indiano.

un ejemplo reciente en Argentina. En 1989 se organizó con la mayor solemnidad, incluso con invitación de gobernantes extranjeros, una transmisión del mando del presidente Alfonsín al presidente Menem. Entonces pocas personas, mayores de 70 años y con buena memoria, podían recordar la anterior entrega del poder de un presidente civil a otro en Argentina, que se verificó en 1928. Pero eso es lo de menos. No obstante todos los quiebres e interrupciones, el punto culminante de la ceremonia fue ni más ni menos que como en tiempos de los virreyes, la entrega del bastón de mando¹. De esta formalidad, por lo demás, tampoco habían querido privarse, en el intertanto, los presidentes civiles o castrenses que hallaron un predecesor dispuesto a ello². Es explicable. Mientras más precario sentían su título, mayor valor adquiriría a sus ojos esta ceremonia, como medio de consolidarlo.

Distinto es el caso de Chile. Por de pronto aquí el bastón ha perdido su simbolismo político. Por otra parte la transmisión del mando se ha institucionalizado como en los Estados Unidos, pero al modo iberoamericano, dentro de un marco de dignidad y esplendor. No como un simple acto cívico, sino como un acontecimiento nacional que llega verdaderamente al pueblo.

El bastón no tiene ya el significado que en 1810, cuando el presidente Toro y Zambrano inauguró el cabildo abierto con las palabras "He aquí el bastón, disponed de él y del mando"³. En cambio, han cobrado asombroso relieve la banda con los colores patrios de los monarcas ilustrados, convertida en banda presidencial, y el trono, convertido en sillón presidencial. El retrato o la fotografía oficial del presidente de Chile lo muestran por regla gene-

¹ Se verificó el 8 de junio de 1989. No deja de ser sugerente el hecho de que ésta no fuera tampoco la fecha legal para entregar el mando. Ante el estado en que se encontraba la Argentina bajo su gobierno, el presidente saliente ni siquiera quiso aguardar al término de su período. Renunció al cargo para abrir paso a la asunción anticipada del nuevo jefe del Estado. Ver informaciones de prensa. Por todos *El Mercurio*, 9 jun. 1989, con fotografía en colores de la entrega del bastón de mando.

² Por ejemplo asunción al mando del teniente general Roberto E. Viola el 29 de marzo de 1981. Según información de *El Mercurio* 30 marzo 1981 "el general Leopoldo Galtieri le ciñó la banda presidencial y le entregó el bastón de mando, confeccionado especialmente para la oportunidad". Del mismo modo se procedió el 10 de marzo de 1983 para la entrega del mando al presidente Raúl Alfonsín por el presidente Reynaldo Rigone cfr. *El Mercurio*, 11 diciembre 1983, con fotografía.

³ Eyzaguirre, Jaime, *El alcalde del año diez*, Santiago 1968, pp. 43-44.

ral, de pie o al lado del sillón presidencial, como si no se atreviera a ocuparlo, con la banda terciada al pecho⁴.

Estos pormenores están llenos de sentido. Nos introducen en el apasionante mundo de los símbolos políticos⁵. Como tales, dejan entrever cuál es en último término la razón de ser y la eficacia práctica de la transmisión del mando.

DE LA JURA REAL A LA TRANSMISION DEL MANDO

En términos muy generales puede decirse que en Iberoamérica ella es, en cierto modo, un sucedáneo de la jura al nuevo rey que a su advenimiento se verificaba con la mayor solemnidad y esplendor en las distintas capitales y en otras ciudades principales⁶. A modo de eslabón entre ambas, están las juras de la Constitución, que acompañan a la promulgación de los primeros documentos de esta especie⁷.

Guardando las distancias, los dos actos tienen un significado equivalente. Mediante ellos se proclama y reconoce públicamente que el nuevo gobernante ocupa el lugar y tiene, por tanto, los mismos atributos y prerrogativas de que gozaba su predecesor en el mando. En otras palabras, por medio de

⁴ Bravo Lira, Bernardino, *El presidente en la historia de Chile*, Santiago 1986, con ilustraciones. Ver especialmente los retratos de los presidentes Manuel Bulnes (1841-51) óleo de R.A. Monvoisin (1844) y Manuel Montt (1851-61), óleo de B. Calpati (1865), ambos en colección Museo Histórico Nacional. Un siglo después Carlos Ibáñez (1952-58), fotografía de Jorge Opazo y Eduardo Frei (1964-70), fotografía del mismo, las dos también en colección Museo Histórico Nacional.

⁵ Schramm, Percy Ernst, *Herrschaftszeichen und staatsymbolik*, 3 vol., Stuttgart 1956. Eliade Mircea, *Imágenes y símbolos*, trad. castellana, Madrid 1955. García Pelayo, Manuel, "La transfiguración del poder" en *Revista de Ciencias Sociales*, Puerto Rico 1957, ahora en el mismo, *Los mitos políticos*, Madrid 1981. Castagno Antonio, *Símbolos y mitos políticos*, Buenos Aires 1980.

⁶ Falta un estudio sobre el tema. En general se trata a la jura como simple curiosidad de otros tiempos sin inquirir acerca de su significación. En Chile, noticias sobre ella en Medina, José Toribio, *Las medallas chilenas*, Santiago 1903. Amunátegui, Miguel Luis, *Los precursores de la independencia de Chile*, 3 vol., Santiago 1910. Concha, Manuel, *Crónica de La Serena*, La Serena 1879, hay otra edición, La Serena 1979.

⁷ Estas juras continúan bajo otra forma las juras reales. También falta un estudio. Para Chile, sobre ellas, abundante material en periódicos de la época y en Letelier, Valentín (recopilador), *Sesiones de los cuerpos legislativos de la República de Chile de 1811 a 1845*, 37 vols., Santiago 1887-1908.

esta ceremonia se destaca la continuidad de la institución en el momento en que se produce un relevo en la persona de su titular. Por así decirlo, la persona concreta del heredero o del sucesor es borrada y pasa a ser absorbida por su nueva dignidad de rey o de presidente que, como tal, no muere⁸. El que antes fuera un simple príncipe o un simple ciudadano, todo lo eminente que se quiera, pasa a ser ahora, nada más y nada menos, que el rey o el presidente. Se han hipostasiado, valga la expresión, con la figura institucional correspondiente, que permanece idéntica en el tiempo, a pesar del cambio de su titular.

Todo esto tiene un profundo trasfondo, histórico desde luego, pero también sociológico y psicológico. Aquí no podemos entrar en ello. Basta apuntar que el cambio de gobernante es siempre un momento crítico en la vida de una colectividad. Más o menos crítico, según su grado de consistencia institucional. El gobernante es principio de unidad entre los componentes de un núcleo humano. Por eso su relevo comporta siempre algún riesgo de disgregación, aun en pueblos más cohesionados. Muchas guerras de sucesión, contiendas civiles e intervenciones extranjeras lo testimonian. Si la consistencia de un grupo es precaria, un cambio de gobernante puede serle fatal. A la inversa, mientras más vigorosa es su unidad interna, menos importa un relevo en el poder.

La transmisión del mando, como la jura real, está muy lejos de ser una mera formalidad o un simple acto oficial. Más aún, tampoco se reduce a un solemne acto jurídico por el cual un nuevo gobernante asume el poder supremo. Estamos aquí frente a un verdadero ritual sucesorio. Algo que supera lo sensible, lo cotidiano, en virtud de él el nuevo presidente es presentado igual que otrora el nuevo monarca, ante la comunidad entera como el actual ocupante del puesto que su antecesor dejó vacante, con la misma plenitud con que él lo tuvo⁹.

Este ritual tiene un carácter eminentemente público y festivo, pues

⁸ Mayer, Theodor, *Das Königtum. Seine geistige und rechtliche Grundlagen* Lindau-Constanza 1956. Kantorowicz, Ernst M., *The King's two Bodies. A study in Medieval Political Theology*, Princeton 1957, trad. castellana, Madrid 1985. En Chile algo de esto percibió Edwards Vives, Alberto, *La fronda aristocrática*, Santiago 1928, numerosas ediciones posteriores. Ver cap. VII.

⁹ Brunner, Otto, *Land und Herrschaft*, Viena 1939, varias ediciones posteriores. Müller, Hans, *Formen und Rechtsgehalt der Huldigung*, tesis jurídica, Mainz 1954. *Handwörterbuch zur deutsche Rechtsgeschichte*, 3 tomos aparecidos, Berlín 1971-84, artículo *Huldigung*, 2 p. 262 ss., con bibliografía.

constituye una suerte de renovación de la unidad o unanimidad de la comunidad como un todo, en torno al nuevo gobernante, que es su cabeza política, en un momento especialmente crítico como es aquel en que el poder pasa de una persona a otra.

En este sentido la transmisión del mando presenta en los países iberoamericanos, como antes la jura del rey, una dimensión nacional, además de la ritual y festiva. Es considerada como un acontecimiento de la vida pública, hasta cierto punto como un hito en la historia patria. En cuanto tal sobrepasa el plano de lo profano y adquiere resonancias religiosas. Pertenece a la teología política, no a la simple política cotidiana. Esta dimensión religiosa y nacional se expresa a través del acto de culto por excelencia, la Santa Misa, del *Te Deum* y del juramento.

La Misa y el *Te Deum*, ofrecidos originalmente a Dios por el rey y por la patria, se ofrecen luego por la patria y sus gobernantes. Originalmente el juramento lo prestaba el pueblo, o al menos las personas principales y era parte del pleito-homenaje de los vasallos al nuevo monarca. Esta ceremonia sobrevivió en los primeros tiempos de la república para expresar el acatamiento a las sucesivas constituciones o también a algunos gobernantes. Todavía la jura de la Constitución de 1833 se hizo al aire libre, ante gente de toda condición, como las juras reales, y al igual que en ellas se echaron monedas al pueblo¹⁰. Pero ésta fue la última jura constitucional. Con ella desapareció también toda participación del pueblo en estos actos. En la transmisión del mando quedó sólo un resabio de esa participación en las aclamaciones que los espectadores solían brindar al paso del nuevo presidente. La transmisión del mando siguió siendo un acto público, pero dejó de ser popular. Señal de ello es el hecho de que, según veremos, no tardará en abandonar el aire libre y en concentrarse dentro de un salón, al cual sólo se admiten selectos invitados.

Todos estos elementos que concurren a dar forma a la transmisión del mando, tal como se institucionalizó en Chile, están ya presentes en la de 1841. Con ella se inaugura una serie que, sin grandes interrupciones, se prolongó hasta 1970.

UNA TRANSMISION QUE DEJO PROFUNDA HUELLA

Muchos factores concurrieron para dar a la transmisión del mando de 1841

¹⁰ Ver, por ejemplo, descripciones de la jura de la Constitución de 1833 en Santiago, en *El Araucano* 142, 1 jun. 1833 y en Valparaíso, Melipilla y Talca id. 153, 17 ago. 1833, cfr. Letelier nota 7.

singular significación. En primer lugar, los protagonistas, el momento y las circunstancias. El presidente saliente, Joaquín Prieto, era hasta entonces el único que bajo la república había logrado completar su período de gobierno y no sólo eso, se había mantenido todavía por otro período completo. Al cabo de 10 años de presidencia entregaba el poder a un sucesor que él mismo designó e hizo elegir, Manuel Bulnes, otro general, aclamado meses antes por sus victorias en la guerra contra la Confederación Peru-Boliviana. Fue una transmisión del mando sin tensiones de ninguna especie: del presidente a un sucesor nombrado por él mismo; de general a general y de tío a sobrino, ya que Bulnes era hijo de una hermana de Prieto. La entrega del poder se verificó así sin el menor asomo de incertidumbre y dramatismo. Fue más bien una prueba de la solidez alcanzada por el régimen de gobierno que era capaz no sólo de subsistir, sino de renovarse a sí mismo, mediante un adecuado relevo de las personas, incluso en la primera magistratura.

Este mismo clima de estabilidad dio pábulo a la dimensión festiva de la transmisión del mando y, por ende, permitió que se abriera un tanto al pueblo, que antes, bajo la monarquía, había tenido tan destacada participación en los acontecimientos públicos. Después de la recepción al mismo Bulnes, vencedor de Yungay, éste fue, probablemente, el segundo gran desbordamiento popular bajo la república.

Contribuyó a ello, ante todo, la fecha del acto, el 18 de septiembre, fiesta nacional, por ser aniversario del cabildo abierto de 1810 y de la constitución de la Junta Gubernativa del reino.

Las fiestas y regocijos se prepararon con la anticipación debida y duraron varios días¹¹. Más, incluso que para las juras reales. Pero ahora, el acto mismo tiende a convertirse en algo oficial, alejado del pueblo y organizado desde arriba por el gobierno. Ya no es el cabildo, como cabeza del pueblo, quien se encarga de los preparativos. Ahora lo hace el gobierno. Igualmente la propia ceremonia no se verifica en público, al aire libre, en un tablado, ante una multitud de gente de toda condición como la jura real. Antes bien, todo transcurre en el interior de un edificio, entre cuatro paredes, en la sala del Consulado, que ocupa el Congreso, delante de una concurrencia selecta, especialmente invitada al efecto, a cubierto de las miradas del público, del común de la gente, en una palabra, del pueblo.

Los festejos se inician el día 17, con salvas y repiques, adorno de facha-

¹¹ Para esto y lo que sigue, *El Araucano* 579 y 588, Santiago 24 septiembre y 1 octubre 1841.

das de los edificios públicos y casas particulares, iluminación nocturna, fuegos artificiales y función teatral.

El 18 las ceremonias oficiales fueron dos: transmisión del mando y Misa de Te Deum. Hubo gran despliegue de uniformes. A eso de las 10 de la mañana la Plaza de Armas, la calle Compañía hasta llegar a Bandera y la plazuela del consulado, que se abría allí, estaban flanqueadas de guardias cívicos y tropa de línea, en tenida de parada. Poco después, el presidente Prieto, acompañado de Bulnes y de una brillante comitiva se dirigió desde la Casa de Gobierno (hoy Correo Central) en la Plaza de Armas, el Consulado, en cuya gran sala estaban reunidas las dos Cámaras Legislativas. Allí el secretario del Senado leyó el acta del escrutinio y proclamación del nuevo presidente y lo llamó a prestar juramento. Hecho esto, el presidente del Senado le revisó de las insignias de su alto cargo y Bulnes tomó asiento entre los presidentes de ambas cámaras, en medio de las aclamaciones de los asistentes.

Luego se dirigió a pie a la Casa de Gobierno, rodeado de los aplausos del público. De allí pasó a la catedral, donde fue recibido en su calidad de patrono de la iglesia. A continuación se cantó la Santa Misa y el Te Deum con la mayor solemnidad. Terminado el acto, Bulnes en traje de ceremonia fue a visitar al presidente saliente en su nuevo domicilio¹².

Luego recibió en el palacio de gobierno los parabienes de las autoridades y presenció el desfile de las tropas en la plaza. Por la tarde se dejó ver del pueblo en la Pampilla, donde fue aclamado¹³.

Sin embargo, lo que despertaba el entusiasmo del pueblo en general era otra cosa. El punto culminante de las fiestas era la parada militar el día 19. La víspera acudían familias enteras en carretas, bien provistas de viandas. Se divertían a sus anchas en las tradicionales fondas y ramadas. En tanto que la gente principal concurría al desfile en calesas o a caballo.

Todos coinciden en que había un ambiente de carnaval para esta transmisión del mando. Un testigo que escribe el día 23 asegura que “desde ese día (18) hasta hoy toda la ciudad está en un verdadero carnaval... El concurso a la Cañada y a la Pampilla ha sido inmenso y todavía sigue”¹⁴.

Y se prolongó aún por varios días más, con otros festejos como juegos

¹² Los documentos oficiales no dan cuenta de esta visita. Sobre ella y los detalles *carta de Mercedes Marín del Solar a su marido José María del Solar*. Santiago, 23 de septiembre 1841. El documento lo conserva Carlos Vial Espantoso, quien gentilmente nos ha permitido consultarlo.

¹⁴ *Id.*

populares de equitación y destreza, teatro y sobre todo, el baile de gala ofrecido por el nuevo presidente que volvió a reunir en el palacio de gobierno a lo más granado de la sociedad santiaguina, como cuatro décadas antes en tiempos del presidente Muñoz de Guzmán.

Tuvo lugar el domingo 26 y fue el más suntuoso que hasta entonces se había visto en Chile. Según una relación de la época hubo 2.200 invitados, una gran mesa con 260 cubiertos y “38 criados de librea con los colores nacionales hacían el servicio en las salas de baile, sin contar con los que se ocupaban de los refrescos y otros servicios interiores”. Según la misma fuente “las bellezas de Santiago, con sus mejores atavíos, se hallaban reunidas por entonces en un solo salón”. En verdad, eran más. Los dos grandes patios del palacio, cubiertos con toldos y engalanados al gusto de la época con motivos, versos y colores patrióticos, fueron transformados en salones de baile. Otro especial estaba reservado al presidente y su familia, así como a “los miembros del cuerpo diplomático, los ministros de Estado y otras personas de distinción”¹⁵. Uno de los asistentes, el francés Claudio Gay, nos dejó un testimonio gráfico de este baile, en una lámina de su Atlas¹⁶.

Salta a la vista que estos festejos fueron mucho más pasajeras diversiones populares o aristocráticas. Tuvieron una indudable dimensión patriótica, que aflora tanto del lado del gobierno, en forma oficial, como del lado del pueblo, en forma vivida. En verdad, en ellos confluyeron dos motivos patrios, muy disímiles, como son el aniversario de la independencia y la transmisión del mando. Ambos parecen haberse potenciado. Lo que contribuyó a que también el pueblo en general, no sólo la gente principal, identificara la patria con la república y sus instituciones, como antes las había identificado con el rey y la monarquía. No faltó algún antiguo realista que difusamente lo presintiera con despecho, de lo cual también ha llegado noticia hasta nosotros¹⁷.

A partir de este momento, la transmisión del mando pudo cobrar un sentido nacional. Comenzó a convertirse en un verdadero acontecimiento nacional, que afecta al chileno por ser tal, como otrora las juras reales.

¹⁵ Ver nota 11.

¹⁶ Gay, Claudio, *Historia física y política de Chile*, 6 vols., París 1844-54. Barros Arana, Diego, *un decenio de la historia de Chile 1841-1851*, 2 vol., Santiago 1905, 1 p. 219, nota 19.

¹⁷ Ver nota 12.

En lo sucesivo, hubo diversos cambios. Por de pronto, en 1846 Bulnes dejó el palacio de los antiguos presidentes en la Plaza de Armas y trasladó la sede de gobierno a La Moneda¹⁸. Por otra parte, también bajo su mando, se redujo la ceremonia religiosa de acción de gracias a un simple Te Deum, sin sacrificio de la Misa.

Estas innovaciones determinaron cambios en el ceremonial. El presidente dejó de ir a pie al Congreso para recibirse del mando. Al efecto, se emplearon carruajes. Bajo Balmaceda el ministro en Francia Carlos Antúnez adquirió por encargo del gobierno para la presidencia las carrozas a la Daumont que estuvieron en uso hasta la última transmisión del mando en 1970. Se trata de dos carrozas encargadas a la casa Million Quiet et Cie, y de tres landós, a la Casa Louis Rosl¹⁹. Estos carruajes abiertos, tirados por briosos caballos en los que el presidente saliente con sus ministros se trasladaba de la Moneda al Congreso para la transmisión del mando y en los que el nuevo presidente se dirigía a la Moneda luego del Te Deum, dieron mayor lucimiento a las ceremonias. Sin embargo, el primero en usarlos para este acto no fue Balmaceda. Como es sabido, derrotado por la revolución de 1891, puso fin a sus días. Esta fue la primera vez desde 1841 en que hubo transmisión del mando al término de un período presidencial.

Una particularidad de la ceremonia es que, contrariamente a lo que sucede con el bastón de mando, el presidente saliente no hace entrega de su banda a su sucesor. Cada uno lleva la suya y a veces, al nuevo se la tejen y obsequian sus partidarias o admiradoras. En cambio, sí hay un objeto que pasa de un presidente a otro. Es la piocha o medalla que se prende de la banda. Retratos y fotografías oficiales dan testimonio de esta continuidad. La piocha aparece primero en el óleo de Monvoisin que representa al presidente Bulnes de pie, bajo el dosel del Estado y delante del sillón presidencial con las insignias de su investidura. Este cuadro data de 1844. La misma vuelve a aparecer en retratos de varios presidentes de la época parlamentaria, como Germán Riesco o Pedro Montt. Además se la encuentra de nuevo en las fotografías de los presidentes más recientes²⁰. En todas ellas el diseño de la piocha es el

¹⁸ Barros Arana, nota 16, 2, p.43.

¹⁹ Las dos carrozas fueron adquiridas de la Fabrique de Voitures Million Guiet et Cie. Los tres landós de la firma Louis Rosl. Legación de Francia, Archivo Nacional. Agradezco esta información al Conservador Prof. Javier González Echenique.

²⁰ Para reproducciones de estos retratos y fotografías, últimamente Bravo Lira, nota 4.

mismo. Tiene forma de estrella de cinco puntas. El centro es circular y de él arrancan las puntas, cada una de las cuales termina en un pequeño globo. Es de oro esmaltada de granate. El detalle con que aparece reproducida en retratos y fotografías tan distantes en el tiempo, no se explica sino porque pasa de un presidente a otro, debido a que se ve en ella algo más que un mero objeto personal del jefe del Estado. Antes bien, todo parece indicar que se la mira como un símbolo del poder y, en cuanto tal, cada uno la recibe de su antecesor y la entrega a su sucesor.

Sin embargo, sus orígenes no están claros. Por una parte ha sido llamada tradicionalmente piocha de O'Higgins. Por otra las noticias de que disponemos sobre la que usó el prócer, muestran que se trata de una distinta. Dos retratos de Gil de Castro muestran a O'Higgins con la joya. Uno es de 1820 y el otro del año siguiente²¹. En todo caso hay que señalar que tanto la banda como la piocha son insignias de la Legión al Mérito que O'Higgins luce aquí como su fundador y gran oficial. No se trata, pues, de un símbolo del poder supremo.

En cuanto a la factura misma de la piocha, revela a primera vista que no es la que usaron los presidentes de Chile. Por de pronto tiene forma circular y no de estrella. En el centro lleva una cruz en vez de círculo. En consecuencia, tiene cuatro brazos que llegan hasta la periferia en lugar de las cinco puntas de la estrella. Por otra parte, parece bastante más rica que la de los presidentes de Chile, pues hay indicios de que está guarnecida de brillantes.

Además, esta piocha de O'Higgins parece tener una historia separada. Hay testimonios de que sólo en 1872 llegó a poder del presidente, que era entonces Federico Errázuriz Zañartu, lo cual es casi treinta años posterior al retrato de Bulnes por Monvoisin con la otra. En 1872 se inauguró en Santiago la estatua de O'Higgins. Con este motivo José Antonio Lira Argomedo regaló al intendente Vicuña Mackenna, en nombre de la familia, la banda de O'Higgins que su abuelo, José Gregorio Argomedo, había recibido del prócer cuando éste se vio forzado a dejar el mando en 1823. Según Ovalle Castillo, con la banda venía también la piocha. A su vez, Vicuña Mackenna entregó el obsequio al presidente Errázuriz²².

²¹ El de 1820 se conserva en el Museo Histórico Nacional de Santiago y el de 1821 en el Museo Nacional de Bellas Artes de Santiago. Reproducción y estudio de ambos en Mariátegui Oliva, Ricardo, *José Gil de Castro*, Lima 1981.

²² Ovalle Castillo, Darío, "La piocha histórica" en *El Imparcial*, Santiago 26 agosto 1930, ahora en *El Mismo. Por los caminos del Abra*, Santiago 1941, pp.73 ss. Lira Lira, Alejandro, *Argomedo 1810-1830*, Santiago 1934. p.128, nota 7.

En suma, hay dos piochas distintas: la de O'Higgins y la que, con o sin razón, se le llama de O'Higgins. De la primera, regalada al presidente Errázuriz, al parecer no hay testimonio de que fuera usada por sus sucesores. De la otra, en cambio, está abundantemente atestiguado su uso por los presidentes antes y después del ya mencionado.

LA PIOCHA Y SU SORTILEGIO

Con el correr del tiempo la piocha pasó a convertirse en un objeto legendario. Aparte de su significado simbólico se le atribuyó una especie de sortilegio. Se dijo que al presidente Balmaceda, que no llegó a completar su período debido a la revolución de 1891, se le había desprendido la piocha en el acto de asumir el mando, lo cual dio pie para considerar este accidente como un funesto presagio. Por tal lo tenía el presidente Arturo Alessandri, a quien le había ocurrido lo mismo al asumir el mando en 1920. Durante la ceremonia el presidente del senado Luis Claro Solar, procedió a poner la piocha en la banda. Luego de ceñírsela, el nuevo presidente tomó asiento y, al hacerlo, la piocha cayó al suelo.

Según relata el propio Alessandri, Luis Claro la recogió y se la volvió a poner. Al agradecersele, el presidente le comentó: "Mal agüero me acompaña, don Luis; la insignia del mando se me quiere escapar". A lo que el otro replicó: "No importa don Arturo, porque las cosas han quedado otra vez en su lugar: se cayó la estrella y yo se la puse de nuevo"²³.

No alcanzaron a transcurrir cuatro años y Alessandri se encontró ante el pronunciamiento militar de septiembre de 1924. En esos críticos momentos evocó, ante quienes habían acudido a la Moneda llenos de inquietud, el accidente de su asunción al mando. Alguien le habló de su buena estrella y él —cuenta Ovalle Castillo— "sonriendo, contestó que no olvidaba aquella vez en que se colocaba la banda presidencial y se había desprendido la piocha, lo cual era de mal presagio, puesto que en la historia de Chile se recordaba otro caso análogo ocurrido al presidente Balmaceda". Ovalle Castillo agrega que, al oírlo, todos guardaron profundo silencio²⁴.

²³ Iglesias, Augusto, *Alessandri, una etapa de la democracia en América. Tiempo, vida y acción*, Santiago 1960, pp. 372-73.

²⁴ Ovalle, Castillo, nota 22, p.73.

De hecho tres días después Alessandri optó por abandonar el poder, sin terminar su período presidencial.

Como se ha visto, al tratar de la transmisión del mando de 1920, el presidente saliente no entrega la piocha directamente a su sucesor. Es el presidente del Senado quien la fija a la banda presidencial del nuevo jefe de Estado. Así, por ejemplo, lo relata con todo detalle *El Mercurio*, para la asunción del segundo Alessandri, Jorge, hijo de don Arturo, en 1958: "El presidente Ibáñez se despojó de la banda presidencial que llevaba hasta ese momento terciada sobre el pecho y la depositó en la mesa". Acto seguido, "el presidente del Senado, desprendiendo de ella la piocha de oro del general O'Higgins,... la colocó en la banda que usará el presidente Alessandri, ayudando, luego, a éste a colocarla sobre su hombro derecho, terciada hacia el lado izquierdo"²⁵.

La fecha de transmisión del mando estuvo sujeta a variaciones. Hasta 1886 se verificó normalmente cinco veces el 18 de septiembre: en 1851, 61, 71, 76, 81 y 86. Luego de la revolución de 1891 volvió a hacerse ese mismo día en tres ocasiones más: 1896, 1901 y 1906. Pero en 1910 hubo cuatro presidentes uno en pos de otro, fallecieron el presidente Montt y su sucesor el vicepresidente Elías Fernández Albano. El nuevo vicepresidente, Emiliano Figueroa, entregó el poder a Ramón Barros Luco el 23 de diciembre de 1910. Así justamente en el año del centenario de la Junta de 1810 la transmisión dejó de hacerse el 18 de septiembre. Las dos siguientes entregas del mando, de 1915 y 1920, se verificaron el 23 de diciembre. Luego hubo una interrupción y dos presidentes sucesivos murieron sin completar su período, los radicales Pedro Aguirre Cerda y Juan Antonio Ríos. De esta suerte, el día de la transmisión del mando sólo volvió a regularizarse a partir de 1946. Ese año, tras el deceso del presidente Ríos, asumió el poder su sucesor Gabriel González Videla el 3 de noviembre. El mismo día se verificaron las cuatro últimas entregas del mando de 1952, 58, 64 y 70.

GRANDES ETAPAS DE LA TRANSMISION DEL MANDO

A grandes líneas dentro de la historia de la transmisión del mando en Chile pueden distinguirse tres etapas separadas por otros tantos cortes o interrupciones. La primera es la más prolongada. Dura alrededor de 45 años. Se ex-

²⁵ *El Mercurio*, Santiago 4 noviembre 1958.

tiende desde 1845 hasta 1886. Es la época en que el presidente saliente designa a su sucesor, si bien guardando las formas, lo hace elegir por votación. Se abre, como hemos visto, con dos presidentes militares y se termina con dos presidentes civiles, ambos afiliados al partido liberal: Domingo Santa María, quien entrega el mando a José Manuel Balmaceda. Los presidentes militares ceden paso a los presidentes civiles.

La segunda etapa dura cerca de 25 años, desde 1896 hasta 1920. Es la época en que los partidos arrebatan al presidente el poder de elegir a su sucesor. Ahora son los partidos quienes designan al presidente, siempre siguiendo el trámite electoral. Esta etapa se inicia con un presidente marino, Jorge Montt, que entrega el poder en 1896 a Federico Errázuriz Echaurren y se termina con dos presidentes civiles, ambos liberales, Juan Luis Sanfuentes, quien en 1920 entrega el mando a Arturo Alessandri Palma.

Por último, la tercera etapa dura poco más de 30 años. Va desde 1938 hasta 1970. Es una época en que se establece un contrapunto entre el presidente y los partidos. Al principio, éstos consiguen manejar todavía la elección del primer magistrado como sucede durante el predominio radical. Bajo este signo se verifica la primera transmisión del mando del período entre dos civiles, el liberal Arturo Alessandri y el radical Pedro Aguirre Cerda. Pero a partir de la elección del general Carlos Ibáñez, la designación del presidente escapa a los partidos. Por otra parte, ninguno de estos jefes de Estado logra dejar un sucesor de su misma línea²⁶. La transmisión del mando se vuelve cada vez más dramática. El general Ibáñez entrega el poder en 1958 a un independiente como él, el civil Jorge Alessandri, del que le separan profundas diferencias. A su vez, Alessandri lo entrega en 1964 a un hombre de partido, otro civil, Eduardo Frei. Por último, la serie se cierra en 1970 cuando Frei, demócratacristiano, entrega el poder al socialista Salvador Allende.

La transmisión se realiza todavía con gran esplendor y concita el interés nacional. Pero comienza a sufrir los embates del partidismo. Esto es muy notorio desde 1958. Entonces los congresales que apoyaban al candidato vencido en la elección presidencial, Salvador Allende, se negaron a asistir a la toma de posesión del vencedor, Jorge Alessandri. Sin llegar al boicot de la ceremonia, estos parlamentarios decidieron abstenerse de concurrir a la sesión del Congreso Pleno en que se realizó la transmisión del mando. La escena se

²⁶ Bertelsen Repetto, Raúl, la crisis del constitucionalismo chileno, en *Cruz del Sur*, Valparaíso 1975, esp. p.45.

repitió en 1964, cuando Allende volvió a ser derrotado en las urnas, esta vez por Frei. Las cosas cambiaron naturalmente en 1970, cuando el triunfo correspondió por estrecho margen a Allende. Los parlamentarios que lo apoyaban concurren ahora al Congreso Pleno, pero ciertamente más porque, a falta de votación popular, éste era el único medio de elevar a su abanderado a la presidencia, que por tratarse de una ceremonia de carácter nacional.

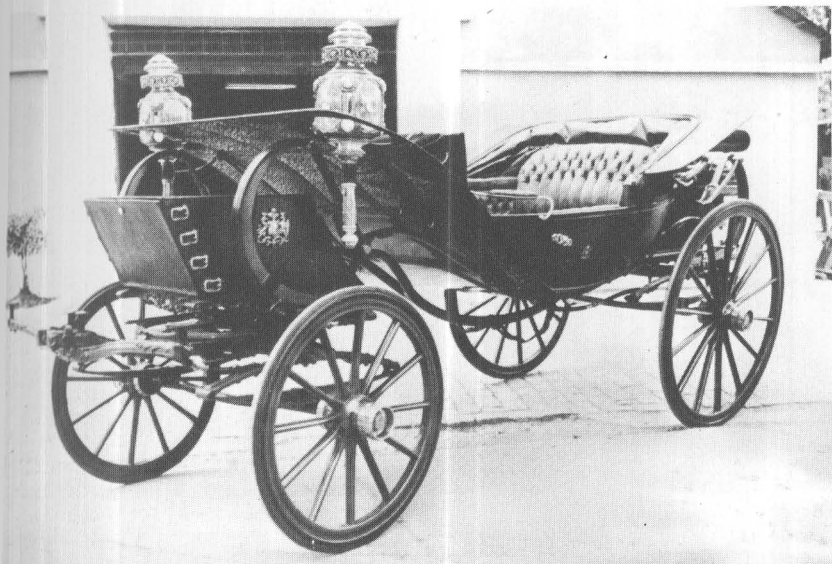
En estas condiciones, el acto termina por adquirir un tono partidista, pierde sentido nacional, que es lo mismo que decir pierde sentido. No se le mira como un simple relevo del presidente, como un cambio de personas, sino como el inicio de una nueva era, es decir, como un acto fausto o infausto para la suerte de la patria. Bajo esta luz la transmisión del mando terminó por convertirse en algo alegre para unos y sombrío para los demás. No es una casualidad que hayan transcurrido casi veinte años desde la última.

LA ÚLTIMA TRANSMISIÓN DEL MANDO

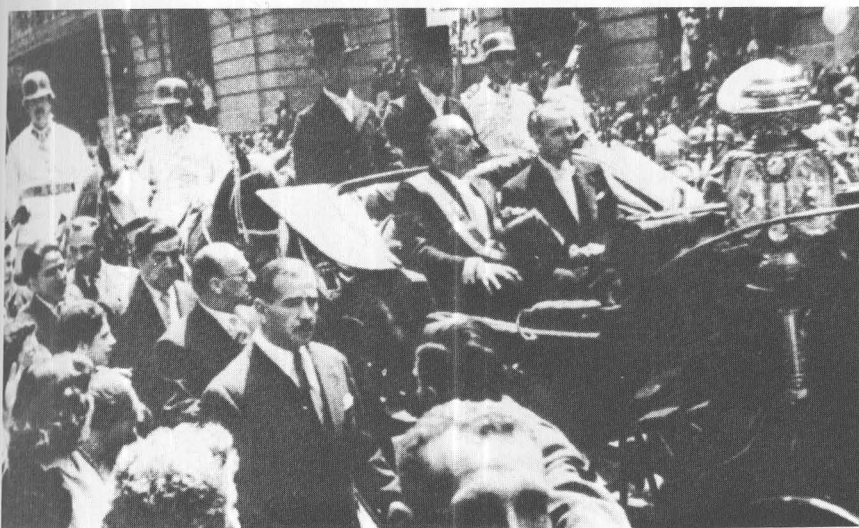
En este sentido, la transmisión del mando de 1970, que cierra la serie, es no menos significativa que la de 1841, que la abre. Una y otra fueron excepcionales y en cierta manera premonitorias. Así como en la de 1841 parece dominar un tono festivo, lleno de fastos presagios para la patria, en la de 1970, parece predominar un tono funeral, cargado de presagios nefastos. Esto se trasluce hasta en el ceremonial, que es para el alma colectiva como el rostro para el alma personal. Esta vez el ceremonial fue dislocado, en términos que hizo patente la discordancia entre el presidente saliente y su sucesor. Mientras Frei concurreó todavía al acto, con sus ministros, a la manera acostumbrada, es decir, en tenida de etiqueta y a la vista del público, en las carrozas abiertas de tiempos de Balmaceda, Allende, de su lado, se presentó con sus ministros en traje de calle, pero de color obscuro; en lugar de jurar, como sus antecesores, desempeñar fielmente el cargo, se limitó a prometer y, después de un acto religioso en la catedral utilizó para trasladarse a la Moneda un automóvil cerrado, también de color obscuro. Así, la transmisión del mando perdió hasta la apariencia de un acontecimiento nacional, llamado a unir a todos los chilenos, por encima de sus diferencias, en el momento del cambio de gobernantes. Esta misma discordancia y ruptura con lo acostumbrado trascendió al plano religioso. En lugar del solemne *Te Deum* en la catedral, hubo una modesta ceremonia multiconfesional²⁷.

²⁷ Por todos, *El Mercurio*, Santiago 5 noviembre 1970.

Así como no es casualidad que la transmisión del mando de 1841, teñida por la concordia y los tonos festivos, fuera la primera de una larga serie, tampoco parece serlo que la de 1970, señalada por la discordia y los tonos sombríos, fuera la última.



Carroza presidencial a la Daumont.



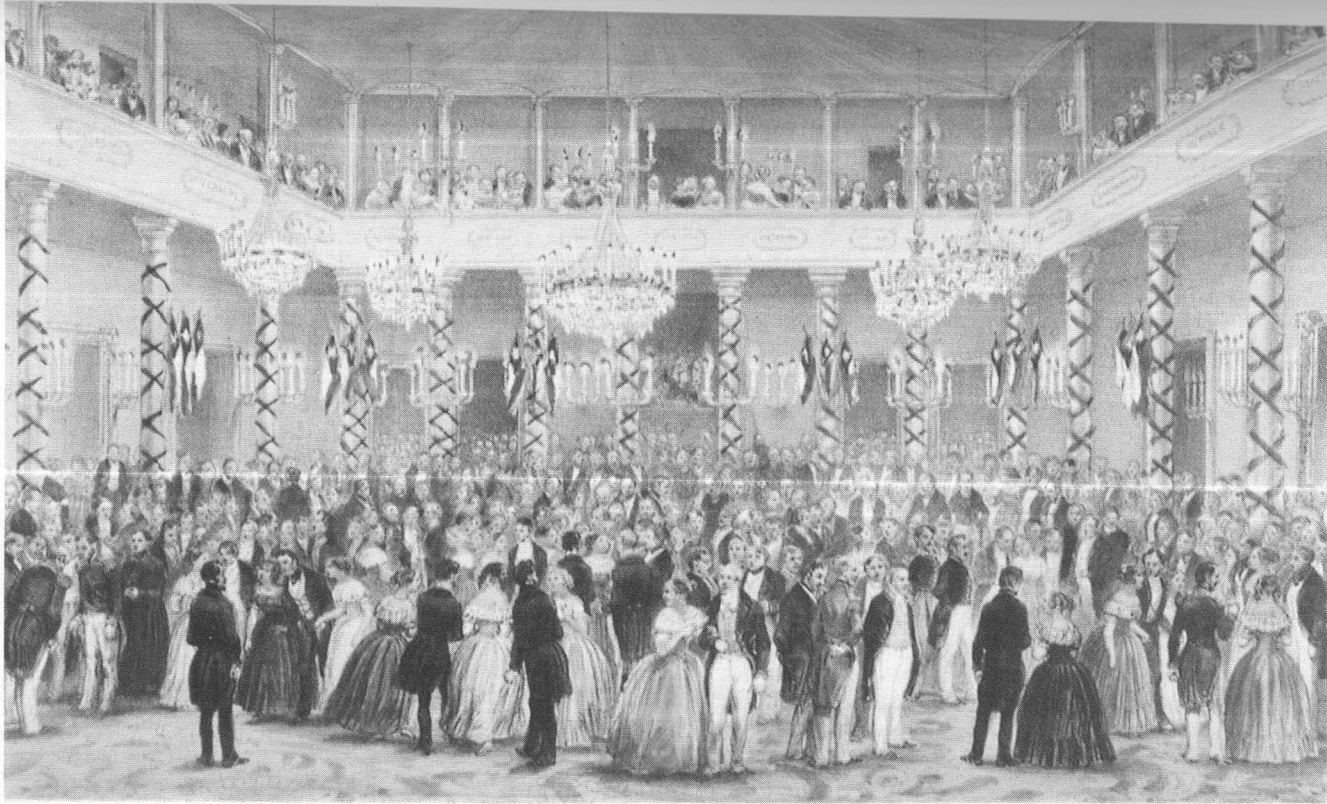
Última transmisión del mando presidencial con carroza y traje de etiqueta. Aparecen el Presidente Jorge Alessandri Rodríguez y su Ministro del Interior Enrique Ortúzar Escobar. (Foto gentileza de El Mercurio).



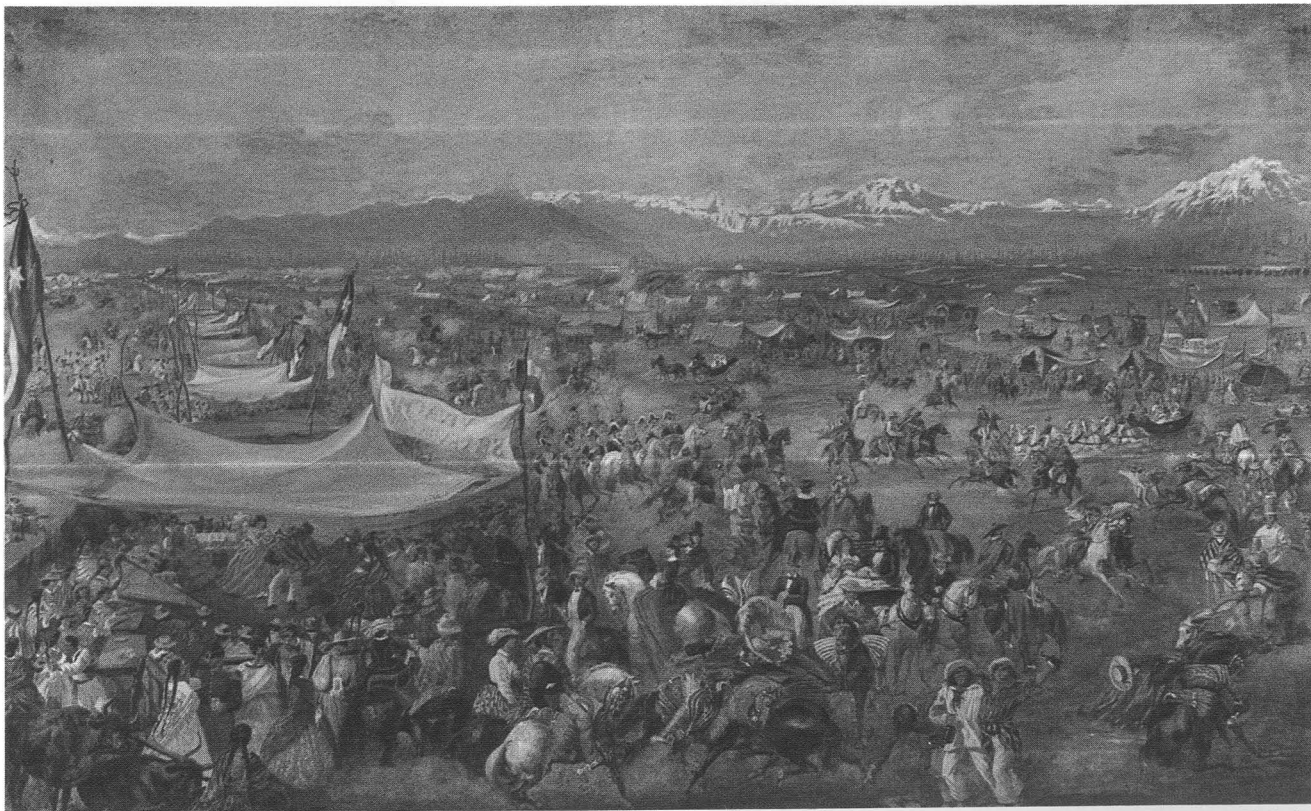
Transmisión del mando en Argentina, 8 de junio de 1989. El Presidente Raúl Alfonsín hace entrega del bastón al nuevo mandatario, Carlos Saúl Menem. (Archivo de documentación de El Mercurio).



Transmisión del mando, 4 de noviembre de 1970. El Presidente Eduardo Frei, en traje de etiqueta, hace entrega del poder al Presidente Salvador Allende, en traje de calle.



Baile en el Palacio de Gobierno, 26 de septiembre de 1841. Grabado en *Historia física y política de Chile*, de Claudio Gay, París 1844-54. (Gentileza de Editorial Universitaria).



Celebración popular. 18 de septiembre en el Campo de Marte. *Pastel de Ernesto Charton, hacia 1858. Museo Histórico del Carmen, Maipú.*